

DE COLONOSCOPIAS Y COLONOFOBIAS

(I)

¿De qué sirven las humanidades? ¿Vale algo la historia? ¿Puede enseñarnos a pensar conocer lo que otros hombres pensaron? ¿Y no es ingenuo limpiar, fijar y dar esplendor al idioma? En el paleolítico el hombre aprendió a tallar toscamente la piedra para usarla como instrumento. Pero lo importante es advertir que la piedra no es lo más importante: es la mano que golpea la piedra. Ahora una horda de picapedreros derriba las estatuas indiscriminadamente con hachas de sílex. El “buenismo” se ha levantado en pie de guerra. Y - siempre hay alguien que debe pagarla - la secta de los anacrónicos ha decidido verter toda su bilis en la figura del almirante Colón. Claro está que el marino genovés no fue san Francisco. Ni tampoco Adolfo Hitler. La “solución final” no se había todavía abierto paso en la mente de los hombres. De hecho la esclavitud fue un avance histórico. El vencedor comprobó que el trabajo del esclavo era preferible al enemigo muerto. Quienes confunden “genocidio” - voluntad de exterminio de un pueblo - y “conquista militar” demuestran con su ignorancia no haber alcanzado todavía el neolítico. Manejan las sutiles ideas con dedos tocones. El problema de los revisionistas es que no distinguen el orden histórico – lo que fue – con el orden moral. O sea: lo que debería haber sido. ¿Fue un “genocida” Julio César? ¿Y lo fue César Augusto? ¡Ah!, ¿dónde, dónde están aquellos celtas, iberos, galos? Hoy franceses y españoles son tan hijos de Roma como descendientes de los Viriato y de los Vercingetorix. Y los mejicanos tienen la doble herencia de Cortés y de los Moctezuma. ¿Quién

podrá separar lo indivisible? Pero nuestros “buenistas” parten del mismo postulado que los racistas: la pureza de sangre. Sin duda nunca hubo diez mil vírgenes ni un sólo pueblo en el cual no se hallen mezclados los hematíes. Y en eso del mestizaje -conservación de las razas – los españoles sabemos algo más que los puritanos del May Flower y los derribadores de estatuas.

(II)

Tan absurdo es levantar una estatua de Napoleón en la Moncloa como exigir que el emperador francés sea exhumado de su mausoleo en los Inválidos. El pequeño corso no divide entre sí ni siembra cizaña en nuestros vecinos. Cada pueblo tiene sus héroes propios y sus villanos ajenos. Drake fue pirata aquí, caballero allá. Sin duda Pasteur representa un valor más alto en la civilización. Salvar vidas es preferible a dejar viudas y huérfanos. Pero quien esté libre de sangre humana que arroje el primero sus armas. Hernán Cortés no hubiese podido conquistar el imperio azteca (sí, imperio) sin la ayuda de sus aliados, los indios tlaxcaltecas y totonacas. Cambiaron de amo, al menos un amo que después de vencerlos no se los comía tras haberlos sacrificado. Nada nuevo donde no se pone el sol. La supuesta unidad de los pueblos indígenas es tan falsa como aquel mal chiste sobre el pueblo de la chapela y el chacolí: “¿En qué se parecen Einstein, Lola Flores y Miguel Ángel? Pues en que... ninguno es vasco”. O dicho de otro modo: aztecas, quechuas e incas no tienen mayor vínculo que no ser españoles. La comunidad entre todos los pueblos precolombinos deriva de la conquista de aquellas tierras ultramarinas. ¿Debemos pedir perdón? ¿Tenemos que sacar pecho enarbolando la bandera? ¿Hemos de tirar pelillos a ese océano Atlántico que nos une y nos separa? Suele decirse - lo decía Unamuno - que los pueblos sin historia son felices. Y, como ello no es posible, al menos sepamos olvidarla o conocerla mejor.

Pablo Galindo Arlés, 22 de junio de 2020

